

A photograph of a rural landscape. In the foreground, a black wooden fence with a crisscross pattern runs across the frame. To the left, a flagpole stands tall, flying a flag with horizontal stripes of white, light blue, and white. The background is a vast green field under a clear blue sky. The title 'El hijo del capataz' is overlaid on the right side of the image in a large, dark red, serif font.

El hijo del capataz

Fantahistoria del milagro argentino

Jorge Benson

Jorge Benson

EL HIJO DEL CAPATAZ

Fantahistoria
del Milagro Argentino

© Jorge Benson, 2013.
Moldes 1157, Buenos Aires.

I

EN EL AZUL DE BAVIERA

—¡Hasta luego..!, gritó Karl, y cerró la puerta.

Comenzaba a clarear en el cielo alpino. Las montañas nevadas iban surgiendo en la callada penumbra, pintando con sus vetas un paisaje de ensueño. A lo lejos dos espejos de agua comenzaban también a perfilarse, y pronto, tanto desde el camino a la escuela como desde los balcones del palacio, podía admirarse el cuadro completo.

Es Baviera. Es el corazón de la hermosa región donde reinara el rey Luis II, el joven amigo de Wagner, el solitario enamorado de ese azul claro del cielo alpino, color que por él se convertiría en el color real. Él es el rey que construyera el maravilloso palacio que se eleva entre las montañas imitando, con sus torres redondas y afiladas, el entorno majestuoso de las blancas cumbres.



Abajo, en el pequeño valle, las luces de los autos, que Karl va esquivando en su marcha temprana, nos devuelven a las coordenadas del tiempo. Ya no está el Rey Luis. Ya no suenan en el palacio ni las risas ni los cantos. Las carrozas de invitados ya no recorren el campo. Pero algo queda en la región como recuerdo perenne de aquel tiempo. Y son los campesinos.

* * *

—Karl no parecía muy entusiasmado con la escuela, hoy...
—comentó Hans a su mujer.

—Es la edad —respondió ésta, mientras le servía más café.
Y dirigiéndose a la hija agregó:

—Anna, si Karl va a pasar una semana en el bosque, vas a tener que ocuparte de limpiar el establo...

—Si los chicos me ayudan podré terminar más rápido para...

Su padre la interrumpió:

—Ya sabes que los demás tienen sus ocupaciones. No es cuestión de descuidar las obligaciones de cada uno...

Eran las siete de la mañana. Ya casi media mañana, para ellos. Desde las cinco y media, todos están en acción. El padre, Regina, la madre, y los cuatro hijos, todos marchan a su puesto con silencioso entusiasmo a pesar de los quince grados bajo cero.

Al día siguiente se repite, desde antes del alba, la rutina ancestral.

A las cinco Karl se lavó la cara, como siempre con agua helada. En pocos minutos, corriendo, bajó las escaleras, para calentarse con su café con leche y pan casero. Luego abrió la puerta que da al establo, y encendió la luz. Las treinta vacas esperaban mansamente. Se puso las botas de goma, revisó la temperatura -siempre de quince grados-, y atrajo la atención de todas al hacer ruido con la lata con la que, todos los días, les repartía su ración de alimento concentrado.

Mientras ellas comían, fue poniendo la máquina a cada una de las vacas hasta que por el largo tubo ya no pasara más leche.

A la altura de la panadería saludó al repartidor de periódicos. Al verlo pasar tan decidido, éste no pudo menos que comentar a la panadera:

—Parece mentira que Karl ya tiene dieciséis años. ¡Y ya es un experto en el manejo de la granja! Es el orgullo y la mano derecha de don Hans.

—¡Feliz de él, que tendrá quién continúe el trabajo! — completó ella.

Al volver a casa la familia ya estaba sentada para el almuerzo.

—Hoy ya podríamos empezar a cortar el pasto —dijo el padre.

—Pero todavía no es verano —protestó Klaus, el menor.

—Casi casi —dijo la madre. Karl aprovechó para meterlo a su hermano en el equipo:

—Como Klaus ya es un hombre grande, ya podemos contarle para el reparto de las ciento veinte hectáreas, ¿no?

Su hermano no se acobardó:

—¡Claro! Vos cortás con el tractor y yo amontono. Y con Marita la vamos metiendo en el granero.

El padre retomó el control:

—Si trabajamos rápido, catorce horas por día serán suficientes para hacer los tres cortes de la estación.

Karl siguió:

—Creo que Klaus va a ser muy bueno para limpiar la bosta y juntarla para después usarla de abono.

Replicó éste:

—La pala es muy pesada, para mí solo...

El padre agregó:

—Yo ya lo hacía a tu edad, con papá.

La madre intervino:

—Y por eso su papá le dejó la granja después a él, porque nunca le escapó al trabajo, sino todo lo contrario. Y así su papá la recibió de tu abuelo, y así se hará siempre...

Y así era todo, como en la época del abuelo, que lo había aprendido del bisabuelo, y así sucesivamente hasta mucho antes que la época del rey Luis. Era la tierra y el trabajo y la

vida de la familia Sirchen desde tiempo inmemorial, como lo era también de los vecinos.

—Esta noche —anunció el padre a los postres— iremos con la banda a tocar para don Gassman, que cumple ochenta años.

—¡Qué bueno! —se alegró Karl—. Así vemos en qué andan sus últimos inventos. ¡Me interesa el portero eléctrico que instaló a un kilómetro de la casa!

Y así lo hicieron. Sin hacer caso del cansancio, Karl acompañó a don Hans a la casa del vecino. Con otros treinta vecinos, todos con sus trajes típicos, tocaron unos la trompeta, otros el címbalo, bajo la dirección del polifacético don Sirchen. Al final apuraron contentos un fuerte trago, y luego del *schnap* volvieron a casa.

Eran casi las once. Karl se recostó en su cama, y sacó de un rincón de su habitación unas revistas, sus lecturas clandestinas. Se trataba de folletos ilustrados que hablaban de otros países, de la fascinación del turismo, de viajes económicos.

Leía, miraba las fotografías, y soñaba... ¿Podría algún día...? Sólo la mayoría de edad le permitiría plantearse la posibilidad de salir de casa. ¡Y para eso faltaba tanto!

Mientras tanto ahorra dinero. Y trabajaba duro, hachando leña en el bosque en los días libres.

La culpa era de la televisión que había mostrado al joven Karl otros horizontes, y había despertado en él una sed de aventuras que no tardarían en inquietar un tanto el cuadro familiar tradicional.



II

UN RANCHO EN ENTRE RIOS

El sol calentaba con fuerza, en las lomadas ondulantes de General Sacheri. Los perros, cansados de andar corriendo entre las vacas, buscaron una sombra para dormir un rato. Hasta después del almuerzo de la familia, cuando les tocaba el turno de comer los restos, no había nada más interesante por hacer.

—¿Gusta bajarse y tomar unos mates?, preguntó don Ramón López al patrón, mientras iban llegando al puesto.

—No gracias, che. Me voy a comer algo rápido y a lavarme, que tengo que ir al pueblo. ¡Y lo bien que me vendría un descanso, después de pasarnos la mañana vacunando!

La mujer de Ramón les salió al encuentro con un mate bien preparado y acogedor. Hilda Reiner, fiel a las costumbres de su raza, también tenía siempre algo para hacer. El patrón prosiguió:

—Ya me voy a desquitar el domingo. Por algo tenemos la suerte de vivir en el campo. Para mí la siesta de los domingos es sagrada, después del placer de un buen almuerzo, de un asado con ensalada y buen vino, y una larga sobremesa de cuentos entre amigos... ¡Ah! Sueño con eso.

—¡Ja! — rió Ramón, completando la idea:

—...y un buen sueñito, después, a la sombra del ombú, con el perro echado al lado para espantar las moscas molestas con sus mordiscos al aire.

El loro paraguayo saludó al dueño de casa con algunas palabrotas aprendidas de Ramoncito, el hijo mayor. Este llegó poco después.

—¡Buen día, tata! —saludó, atando el caballo.

—¿Sin novedad en el cuartel? —le preguntó su padre.

—Parece que nos dan la baja a fin de agosto, porque no hay plata para pagar los sueldos y la comida de los soldados. Y se rumorea que van a terminar suprimiendo la colimba.

—¡Espero que no sean tan brutos!, —intervino el patrón. Y agregó: —Con eso no harían más que fomentar la vagancia y el vicio entre la muchachada.

A lo cual agregó el capataz:

—¡Y muchos perderían la mejor oportunidad de educarse y aprender un oficio!

Florencia le arrimó un mate a Ramoncito. A sus dieciséis años, la moza ya era una mujer, y por cierto tenía más de un galán tras sus talones.

—Gracias, hermanita. ¿Es cierto que en cualquier momento se nos casa? — le preguntó burlón.

—¡Espero que no! —gritó José María, el menor, a quien todos llamaban Pepe, y que a sus dieciséis ya medía un metro setenta. Y ante la mirada enojada de su hermana continuó:

—Por lo menos espero que no hasta que me termine de remendar el pantalón... ¡Ja!

A la mañana siguiente, como de costumbre, José María fue a la escuela. El edificio del Instituto Agrícola Sarmiento, donde pasaba sus mañanas, era frío y sombrío.

—¿Estudiaste el tema? —le preguntó su amigo el *Mencho* Ruiz, mientras atravesaban la entrada. El busto del prócer, en medio del vestíbulo, no era en absoluto acogedor, pues parecía que el escultor había sorprendido al prohombre en uno de sus peores humores.

—La verdad es que no me preocupé demasiado. ¿No te diste cuenta? Desde que el *Profe* quiere ser intendente y ganar votos ya no toma lecciones...

Después de los cinco kilómetros de cabalgata de vuelta, José se reunió con el resto de la familia en la cocina.

Don Ramón comió tres pedazos de puchero, tomó dos vasos de vino y se retiró a descansar, antes de retomar el trabajo en los corrales.

Florencia ayudó a su madre con los platos, y se fue a su cama a seguir leyendo una novela rosa. Alimentaba sus sueños con los romances ajenos de los folletines que le prestaba una vecina. Y al volver a la realidad se conformaba con Casimiro, el joven domador.

—Te está esperando el Mencho —le dijo a Pepe. Y éste, después del almuerzo, juntó su modesto equipo de pesca y se fue pedaleando al río, con su compinche, como siempre.

Allí, sentado a la orilla, se entretenía mirando la boya, casi inmóvil en medio del pequeño remanso, mientras el agua seguía pasando hacia nuevos destinos.

—Yo soy como esa boya, se decía. Yo estoy como clavado mientras la vida me pasa al lado...

Recogió la boya y la lanzó al medio de la suave corriente, donde cobró movimiento.

—Algún día voy a hacer así, yo también, ...¡y a recorrer el mundo!



III

DEL BOSQUE A LA AVENTURA

—¿Cómo le fue, Karl?

—Bien, papá. Tuvimos una tarde muy provechosa. Terminamos de talar el bosque y empezamos a limpiar con las sierras.

Se cambió los zapatos, húmedos, por las pantuflas de gruesa lana y se arrimó a la chimenea. La noche estaba fría, y no había nada en el mundo que pudiese compararse, para Karl, con ese momento junto al fuego.

—¿Fueron otra vez los dos hermanos Achuren?

—Sí, pero Rupert, cuando vio que nos tocaban los troncos grandes se hizo el enfermo y no quiso trabajar. Peor para él, porque nos pagaron muy bien.

Pero no le dijo cuánto, ni que con ello ya redondeaba los seis mil euros que necesitaba.

Era muy bueno haciendo cuentas. Y con una severa disciplina no había gastado casi un céntimo. Todo el producto de sus trabajos de esos diez años había ido a la cuenta de

ahorro. Y ahora, al fin, a sus veintiséis años le llegaba el momento.

Sonaba la hora de la aventura. Sus sueños se hacían realidad.

Esa misma noche, después de cenar, anunció su decisión.

-Papá... —comenzó. Quiso que la voz pareciera casual, pero no pudo evitar un cierto temblequeo.

—Eh... ¿Usted sabe? Quiero hacer un viajecito para conocer un poco..., y...

—¡Pero claro! —lo sorprendió don Hans. A su edad yo ya estaba recorriendo Francia en bicicleta...

—¿En serio? —preguntó Karl, incrédulo.

—¡Pregúntele a su madre! Yo la invité a ella, cuando estábamos de novios, y ¿qué cree que hizo? ¡Le preguntó a su mamá..! —y rió muy divertido.

La madre hizo un gesto con la mano como desmintiendo, pero de manera no muy convincente.

Karl no podía creer lo que estaba escuchando. Se animó, con el tono de la conversación, y prosiguió:

—Yo, eh..., no iría a Francia, sino un poco más lejos...

El padre lo interrumpió, todavía hilvanando recuerdos:

—Claro que mi viaje me lo pagué yo. No podía pretender que mi padre me pagara los lujos, ¿no? Así que cuando usted junto el dinero tiene nuestra bendición.

El campo estaba orégano. Karl siguió:

—Bueno, resulta que hace rato que estoy ahorrando, y con lo que junté ya tengo bastante.

—¡Mírenlo al bandido! ¡Sin decir nada..! Muy bien. Me gusta. Usted ya es grande. Y... ¿por cuánto tiempo?

Interrumpió la hermana:

—Si se va Karl de vacaciones, después me toca a mí, ¿eh?
—Y a mí, ¿cuándo?, protestó Klaus, el tercero...

Una mañana, pocos días después, Karl fue a la agencia de viajes y compró su billete. Iría a Sudamérica. Saldría el lunes 4, y el 5 ya estaría en Buenos Aires. Su sueño iba cobrando forma. El pájaro levantaba vuelo.

*

¡Qué emoción! El avión tocaba tierra. El viaje había sido largo y tedioso. Por fin llegaban a término.

¿Qué iba a hacer? No conocía a nadie. No hablaba el idioma. Lo único que le facilitaba las cosas era su sed de aventuras, y las ganas de empezar la vuelta al mundo desde bien lejos. Iba a viajar barato, trabajaría de vez en cuando en lo que apareciera, conocería chicas lindas de otros países, y se entendería con la gente ...como pudiera.

Sacó su ejemplar del Berlitz. *Español para viajeros*, y con dificultad preguntó:

—¿*Informatsiones?*

Una vez allí, encontró planos de la ciudad y excursiones al campo. Se ofrecían algunos vuelos por el país, a tarifas preferenciales para turistas. Sacó las cuentas y advirtió que, al cambio, eran muy baratos.

La ciudad no le atrajo demasiado. Era muy grande para el granjero tirolés, que se perdía entre los grandes edificios.

¿Por qué no irse al campo? Después de todo, eso era lo primero que había visto de la Argentina en el poster de la

agencia. Se le había grabado la imagen de un hombre de a caballo, con muchas vacas y una pradera inmensa.

Se decidió. Sacó un pasaje múltiple hacia el norte. El último destino se llamaba Misiones, con escalas en Santa Fe, Entre Ríos y Corrientes.

Al llegar a Entre Ríos, empero, ya estaba cansado de aviones. Quería comenzar cuanto antes su experiencia del campo, su trato con la gente.

Se quedó en Entre Ríos. Del aeropuerto tomó el primer ómnibus. Destinación: General Sacheri.

*

Todavía había luz, en la tarde tranquila del pueblo.

Karl caminó un rato, curioseando, mirando la gente.

—¿Qué estarán haciendo en casa?... —empezó a preguntarse.

—...qué idea, venir a un lugar donde no conozco a nadie...

Le molestaba la valija, pero no tenía apuro por buscar hotel. Al cabo de un rato lo sorprendió el final abrupto de la pequeña ciudad ante una suerte de rústica baranda. El ruido que había estado escuchando tenía allí su origen y explicación. Se trataba de un río, ancho como jamás lo había visto.

Unos chicos estaban pescando. Se acercó. Se sorprendió al ver que, conversando, se pasaban un recipiente sin manija del que sorbían algo por un delgado tubo.

—Vida tranquila y apacible —piensa Karl, mientras se preguntaba si eso sería droga. Cansado, se sentó. Le hubiera

gustado probar él también su suerte, no con la droga sino con los peces de Sudamérica.

—¡...Si en vez de esta ridícula e incómoda valija, que desentona con el ambiente, tuviera un equipo de pesca..!

Se decidió. No tenía más que ir a dejar la valija en un hotelito y volver. Se acercó a un rubio con cara de bueno y le preguntó:

—¿Hotel?

El otro lo miró con curiosidad, que se convirtió enseguida en acogida:

—¿Qué clase de hotel estás buscando? ¿Uno sencillito, nomás?...

Karl no entendió ni una palabra. Y su expresión lo delató. Sacó el librito del bolsillo y empezó a buscar. Pero el otro se le adelantó, y le preguntó:

—¿No entendés el castellano?

—*No hablo español* —respondió cuando encontró la frase.

Los jóvenes pescadores trataban, mientras tanto, de adivinar la procedencia del recién llegado. Solo Pepe atinó a preguntar, de acuerdo a lo aprendido de su madre:

—*Sprechen deutch?*

El rostro de Karl se iluminó de alegría:

—*Iaa..!!* —e intentó entablar el diálogo.

Pero el conocimiento del alemán no tenía en José María, más López que Reiner, mayor alcance que ése. Así que optó por juntar su línea y aparejos, y le dijo a su mejor amigo:

—Mencho, prestame tu bici. Ya sé quién va a sacar a este *ruso* del apuro...

Cargó la valija de Karl, y tomándolo de un brazo se lo llevó a su casa.

—¡Qué alegría va a tener mamá! —pensaba.

—¡...por fin uno que le hable como hablaba la abuela!...

Y así fue. Su madre tuvo un gran placer en oír hablar alemán al recién llegado.

Claro que el alemán de doña Reiner y el de Karl no eran idénticos. Ambos eran, en realidad, dialectos de distintas regiones. Pero fueron lo suficientemente vecinos como para que esa noche Karl fuera el huésped de honor, la noticia en todo el barrio y la ilusión de algunos viejos inmigrantes que se morían de ganas de escucharle el acento.

Pepe se hacía el plato con *el ruso*, como lo llamaban los hermanos. Empezó a hacerse entender:

—Vos, quedar aquí..., dormir aquí...

Karl entendió sólo el gesto de José María, con las dos manos juntas bajo la oreja y los ojos cerrados.

Y así se hizo. Se quedó en la casa de los Reiner, y al día siguiente los dos probaban suerte con las líneas en la barranca del río.

José María no dejaba de preguntar a Karl por su país, su pueblo, su familia, su trabajo en la granja. Las dificultades del idioma se iban superando con divertida paciencia.

La hermana de Pepe también demostraba por Karl una amistosa deferencia, nacida de la innata disposición a la hospitalidad propia de su gente.

Karl le respondía con sencilla galantería.

Y don Ramón miraba, mientras tanto, aburrido, cómo se entretenían con el joven extranjero.

Este retribuía atenciones, como podía:

—*Gracias. Estoy cansado y contenta. Esto.. muy bian...*

Al poco tiempo habían avanzado bastante, el castellano de Karl y el alemán de José María. Conversando con los paisanos del pueblo y del campo, Karl había ido anotando palabras repetidas que luego, a solas, memorizaba con constancia y método.

José María, por su parte, se limitaba a repetir las palabras que le divertían, y con una cierta facilidad natural ya no las olvidaba. Así, cada uno a su manera, ambos progresaban en lenguas.

—*Pepe, ..yo ir a Corrientes*, anunció un día el joven alemán, sorprendentemente.

—*¡No! No molestar, aquí... ¡Quedar..!*

Pero el espíritu inquieto de Karl sentía hambre de otros escenarios. Y levantó vuelo.

Recorrió Corrientes, de ahí pasó a Misiones, luego se asomó al Brasil, y se volvió a la Argentina. Al mes de haber partido, en junio, estaba otra vez en General Sacheri.

Para la familia López fue el regreso de un hijo viajero.

Pero los pensamientos de Karl ya habían trazado nuevos derroteros.



IV

UN PAISANO EN ALEMANIA

La tarde estaba muy serena, y el río invitaba no sólo a pescar sino casi a darse un baño. El sol de julio no era tan fuerte como en el verano, pero ese día era un record.

En traje de baño, los dos amigos mataban el tiempo, sentados cerca de la barranca que las aguas iban royendo sin tregua.

Karl se dio vuelta, de pronto, y se echó el sombrero de paja hacia atrás.

—¿No más colegio?

—No. Terminado. Colegio agrícola más corto. Ahora, a trabajar en el campo.

—*¡Venir Europa!* — propuso a José María, mientras recogía la línea con el tercer blanquito de la tarde. Y siguió:

—...*¡Ir juntos!*

José María rió.

—¿Yo, a Europa? ¡No me hagas reír! ¿De dónde querés que saque la plata para el viaje..? —dijo más para sí mismo que para el otro.

Pero Karl lo entendió muy bien. Y tenía preparada la respuesta.

—Mi familia invitar. Vos, *no problemen...*

—Ah ¿sí..?, y ¿cómo hago para pagarles..? No, dejá...

—*¡Trabajar! ¡En bosque! Y pagar con trabajo. No dinero...*

—Pero ¿vos sos loco? ¡Tendría que trabajar como diez años! No, dejá...

José María siguió rehusando, más que nada por inercia.

Pero Karl volvía al ataque. No era hombre fácil de contrariar.

—*¡Venir a Alemania, después Italia, Francia, chicas lindas...!*

José María largó una carcajada.

Siguieron pescando. José María se quedó pensando. No había como un rato de pesca para pensar tranquilo, o simplemente para dejar la imaginación divagar a gusto, mientras el flujo de la corriente ponía cauce a las ideas.

Después de todo, ¿no había estado soñando, no mucho tiempo atrás, con la posibilidad de un viaje? ¡Ahí estaba la gran oportunidad!

Al cabo, Karl no tuvo demasiado trabajo para despertar las veleidades andariegas de José María.

¿Y la familia? ¿Qué dirían en su casa?

La familia López Reiner recibió la idea de un hijo aventurero con una mezcla de aprehensión y confianza, de miedo y alegría.

La reunión informal, al terminar un almuerzo, había concluido con el veredicto paterno:

—De todas maneras, es la decisión y el futuro de Pepe, que ya es grande. Y gracias a Dios tiene la ayuda de su amigo Karl. M'hijo, tiene la bendición de su padre —concluyó solemne.

Y tenía también, delante suyo, las lágrimas calladas de su madre. Para ella se trataba del futuro del hijo, pero le dolía la separación y una despedida por tiempo indefinido. Temía y sospechaba que sería para siempre.

José María le tomó la mano. Ella lo miró y le dijo:

—Y sí... ¿Qué vas a hacer, si no, en el pueblo? Es tan difícil conseguir trabajo... Tantos muchachos se van, buscando empleo.

—¡Dios me lo bendiga! —dijo al fin, secándose las lágrimas con el delantal. Y empezó a juntar los platos.

Todo se fue allanando, y a la semana siguiente partieron. Tomaron el ómnibus en la modesta terminal del pueblo, y una vez en Buenos Aires otro vehículo los llevó al aeropuerto.

*

Una vez en Europa, y en Baviera, la familia Sirchen recibió a José María con la misma naturalidad y divertida curiosidad con que los López Reiner recibieran a Karl, el joven extranjero, en General Sacheri.

Una de las pocas diferencias era que Pepe era más joven, y ello inspiraba en la madre y las hermanas una actitud de cariñosa protección para con el recién llegado.

—¡Es casi un niño! —se decían, admiradas del coraje del aventurero.

Pronto José María aprendió los rudimentos del trabajo de un granjero de Baviera. Y la lengua, al cabo, también. Karl y los demás no le hablaban sino en alemán, con lo que no tuvo más remedio.

—¿Todo bien? —le preguntaba Karl de vez en cuando.

—Sí, no hay problema.

—Todo es, básicamente, como en tu casa, ¿no? Al menos las vacas son iguales, se las ordeña por el mismo lado, huelen no muy diferente. ¡Ja!

—Sí, pero ...¡el ritmo es tan distinto! —respondió con un dejo de nostalgia el argentino.

En efecto, había que madrugar todos los días, incluidos domingos y fiestas, para atender a las señoras vacas que dormían en la planta baja. Había que limpiar el establo, y arrimarles el pasto del granero, y barrerles otra vez el piso de cemento...

—Eso no es nada... ¡Vas a ver cuando llegue la nieve..!

—¡Ay! —suspiró José María. Y pensó:

—Es verdad que el frío no me asusta, pero ese trabajo de palear y palear la nieve...

Se le hacía dura la vida en ese exilio de granjero.

V

NUEVAS EMOCIONES

—¿Jugamos otro partido? — preguntó Anna.

—¿Para qué, si siempre me ganás..? —respondió José María, tratando de esquivar el bulto.

—Bueno, el último —insistió la campeona familiar de juegos de ingenio.

José María miró divertido, una vez más, a esa niña delgada y traviesa que se entretenía en ese tipo de juegos en los que descollaba de manera admirable para sus trece años. Afuera nevaba, y ello prometía para la mañana siguiente un trabajito extra, amontonando la nieve junto al camino.

Repartiendo nuevamente las piezas del *Memorex*, Anna insistió:

—Si no, ¿con quién voy a jugar? Los demás me tienen miedo...

Don Hans interrumpió su lectura:

—¡Anna, dejá descansar a Pepe!

Éste la defendió:

—No es trabajo, don Hans, y jugar con Anna es muy divertido.

Y se quedó pensando:

—Sobre todo si para jugar no hace falta conocer el idioma. Trabajo es cortar el pasto, sacar las vacas a la pradera, conectarles la máquina de ordeñar, lavarles el trasero...

*

Y así se fueron los primeros tres años de José María en la granja.

Pero después, la niña que lo invitaba a jugar se había convertido en una jovencita de no pocos encantos. Su cuerpo ágil y siempre en movimiento mostraba sus formas y aumentaba sus atractivos. Por su parte, el delgado jovencito se había robustecido, y los diecinueve años de José María también comenzaban a hacer sentir sus exigencias.

Ella le gustaba. Y ella se arrimaba, con la confianza de siempre, y en las ocasiones más triviales le echaba los brazos y se le pegaba al cuerpo.

Muchas veces le pasó por la cabeza la idea de aprovechar esas efusiones para reconocer el terreno con unas manos más o menos distraídas. Más de una vez, viéndose solos en el bosque, tuvo que hacer un esfuerzo para desviar sus ojos de ella y contener impulsos vehementes.

Algo lo frenaba. Algo en lo que se mezclaba el temor a don Sirchen, la gratitud y el respeto. Y a la noche, cuando rezaba antes de dormirse, agradecía a Dios no haber caído en tentaciones y pedía ayuda para el día siguiente. Pero cada día se le hacía más difícil, y dudaba entre formalizar un noviazgo para casarse luego con ella, o buscar cualquier excusa para

poner distancia entre el fósforo y el polvorín. Si no, el estallido iba a ser inevitable, e inminente.

Y la verdad era que no quería casarse con ella. No era amor, lo que sentía. Era fiebre.

Temía una caída. Y sufría en silencio.

En eso estaba solo. Anna, pensaba, se entregaría al primer avance, sin preguntas ni resistencias. Sólo después reconocería un error y se enemistarían para siempre. Sería el fin, para él, de los Sirchen, de la granja, de una gran oportunidad en Europa.

Por su parte, Karl y los demás se habían acostumbrado a ver a José María como uno de ellos. ¿Cómo decirle a su amigo que la vida en la granja se le estaba haciendo un infierno?

Empezó a pensar en la posibilidad de un viaje. Tenía que tomar distancia, cuanto antes, con una excusa cualquiera.

Ese domingo, como era su costumbre, después de almorzar José y Karl tomaban mate a la puerta de la granja.

El sol iba derritiendo la nieve pegada a las ramas de los árboles. Los copos congelados brillaban como los mil caireles de enormes arañas de cristal. La alfombra blanca se extendía sin límite, sólo interrumpida aquí y allá por las paredes oscuras de las casas y establos.

Pepe tenía en sus manos el periódico, y de pronto le señala algo a su amigo:

—¡Eh, Karl..! Hay un aviso a propósito de unas becas...

—¿De unas qué?..

—De unas becas universitarias, para ir a estudiar...

—¡A mis veintinueve años, yo ya no estoy para libros..! Y menos ahora, que poco a poco voy tomando el control del establecimiento. Pero de todos modos, ¿para estudiar qué, y en dónde?

José María no le explicó que en realidad estaba pensando no en Karl sino en sí mismo. Y continuó:

—Para ser ingeniero, en los Estados Unidos. ¿Tal vez..?

—Mirá, yo ya estoy medio instalado, con la pequeña empresa para la industrialización de la madera. Si trabajamos duro, la cosa va a andar bien. Vos sabés que el bosque de la propiedad garantiza materia prima por largo tiempo.

Bajando la voz agregó:

—...y hasta empecé últimamente, y con éxito, algunas especulaciones bancarias en Luxemburgo...

Se quedó un momento en silencio, y con un nuevo brillo en sus ojos calculadores prosiguió, mientras José María, desanimado, doblaba el periódico:

—Pero vos... ¡No estaría mal! No estaría nada mal...

Por su mente desfilaban a la vez los no pocos talentos que en esos años José María había demostrado, y las eventuales conveniencias, un día, para su empresa, de un buen profesional de toda confianza...

—¿Cuántos años de estudios, dijiste? —y manoteándole el diario Karl se puso a buscar, otra vez, el aviso.

—Creo que dice que son solamente cuatro. Ahí está, señaló José.

—¿Por qué no?... Vamos a hablarlo con papá...

José María sacó del bolsillo su cortaplumas suizo y se puso a cortar cuidadosamente el anuncio con la pequeña tijera.

VI

BUSCANDOSE

—¡Escribime, ¿eh?! —gritaba Anna.

—¡Y cuidado con las yankees de la Universidad! — agregaba su amigo Karl.

Era la despedida, casi tan lacrimógena como lo había sido, cuatro años atrás, la de su familia en General Sacheri.

El avión levantó vuelo, y ese 4 de julio de 1984 José María dejaba atrás al granjero para buscar al profesional. El *overol* se había convertido en un traje azul cruzado, que dejaba ver una discreta corbata del mismo color sobre la camisa color crema. Los zapatos nuevos, que también había comprado para el viaje, le hacían extrañar los duros pero más amplios zuecos de madera.

Ya casi llegaban. El largo viaje le dio a José María tiempo más que suficiente para repasar su historia, especialmente los capítulos vividos con los Sirchen.

Allá atrás quedaba, del otro lado del gran océano, una granja que sabía de sus fatigas de trabajo, problemas de adaptación, efervescencia juvenil y amistades duraderas.

De este lado se abría para él un horizonte de promesas, un mundo por descubrir, con nuevas dificultades de idioma y gente diferente. Era una nueva etapa, en un mundo totalmente desconocido.

Pero ahora estaba mejor preparado. Le parecía que, así como había llegado a dominar el alemán, con el inglés no tendría problemas. Si había llegado a adaptarse al temperamento y al clima alpino, los Estados Unidos no serían más exigentes...

El pasajero que compartía el doble asiento intentó por quinta vez una conversación que a José María no le interesaba. Se trataba de un médico alemán, amante del jazz, que viajaba a Nueva Orleans para los festejos del aniversario. Nada más lejos de sus derroteros mentales.

Harvard lo esperaba. Menos mal que los amigos influyentes de don Sirchen habían facilitado las cosas para la adjudicación de una beca, y con el regalo en efectivo de la familia tenía para instalarse y comenzar sin apremios ni estrecheces.

Realmente, la fortuna lo estaba favoreciendo.

El avión tocó tierra, y al rato estaba en ruta hacia su residencia. Desde el pequeño autobús pudo admirar la elegancia de las avenidas, ya cerca de la Universidad, y cuando entraron por un portón inmenso sintió su corazón latir con fuerza. Era la emoción de un colegial el primer día de clase. ¡Hacía tanto tiempo que no pisaba el colegio!

Todavía hacía calor, en el septiembre de Massachusetts. Los estudiantes hormigueaban en las pequeñas callejas, llenando el ambiente de un aire juvenil informal y alegre.

—Deben ir a hacer gimnasia —pensó, al verlos en pantalones cortos y remeras.

Después se enteraría que las exigencias universitarias iban más por el lado de la ciencia que de la indumentaria. Allí se podía estar, si se quería, hasta en pijama, pero para merecer un puesto en Harvard había que ser simplemente sobresaliente.

Tres meses después José María escribía a su casa:

"...con el inglés me manejo bastante bien. El curso acelerado para los novatos extranjeros dio buenos frutos, y salí de él no sólo con lo suficiente del idioma sino también con tres amigos, que, como yo, vienen de lejos.

"Uno es Niel *Joe* Bentsen, danés de evidente ascendencia vikinga, alto, rubio hasta las pestañas y siempre dispuesto para una cerveza. El otro es Jordi Roviro, un catalán delgado, de gruesos anteojos, serio hasta el aburrimiento pero siempre disponible, amigo fiel. Y la tercera (es una chica) es Miju An Cha, japonesa, pequeña y muy hermosa, siempre sonriente. Para mí son simplemente Joe, Cata y Mijita..."

Y terminaba prometiendo:

"Pronto voy a escribir de nuevo con más detalles..."

Y se terminó el primer semestre.

—Los cursos introductorios me dejaron agotado, —decía José María una tarde a la japonesita.

—A mí lo que me aterroriza es la idea de no aprobar el ingreso, sabiendo que de los cuatro mil inscriptos van a entrar solo seiscientos.

El danés propuso, al terminar los exámenes, ir a mirar los resultados, y luego a festejar...

Pero José María no estaba tan confiado. Con las rodillas entrechocándose llegaron al gran portón, donde se exponían los resultados.

José María encontró su nombre en la lista de los admitidos. Miju An Cha, haciendo honor a la fábrica familiar de chips de última generación, también estaba en carrera, y Jordi Rovirol, el niño prodigio de la programación informática de Barcelona, entraba con ellos.

—¡Cata, no lo puedo creer..! ¡Entramos!

El danés, por su parte, hubo de consolarse con varios litros de cerveza, y empezar de nuevo.

Pronto José María se encontró bien instalado, sumergido entre gordos libros y sin tiempo para otra cosa que para sus cursos. Los trabajos en equipo habían reemplazado cruelmente la sana costumbre de la siesta, y el tutor, una suerte de profesor particular que lo seguía a lo largo del año, le hacía rehacer una y otra vez la redacción de los ensayos con que lo torturaba.

Sólo se permitía descansar un domingo por medio, aprovechando las instalaciones para jugar al tenis con la japonesa y darse el gusto de hablar en castellano mientras remaban con Jordi Rovirol.

Miju era la compañera ideal. No hablaba demasiado, su humor era siempre acogedor y sereno, y parecía encontrarse tan a gusto con el argentino como José María con ella. Para Pepe ella era un reposo, después de una sucesión interminable de tensiones y exigencias. Y para los amigos era

un simpático contraste la pareja que formaban la pequeña oriental y el rubio pecoso de casi un metro ochenta.

Los domingos por la noche José María salía a caminar por el parque, encontraba a los amigos en el pub y regularmente escribía a su familia, que seguía de lejos las andanzas del hijo viajero. También se hacía tiempo para escribir a los Sirchen, que no le perdían pisada y ya amenazaban con venir a Boston a visitarlo.

El danés, al cabo de dos nuevos intentos, consiguió aprobar el ingreso, y se había incorporado al equipo aunque con un nivel menos intenso. El clima de facilidades entre ambos sexos lo atraía más que los aburridos tratados. De vez en cuando proponía a José María compartir una nueva aventura con otras estudiantes que también disponían de tiempo.

Pero algo retenía a José María, que, habituado al trabajo duro, prefería concentrarse en los estudios y aprovechar las escasas noches sin apremios para la cibernética con la computadora de Rovirol. Pronto tendría su propio equipo, de los que fabricaba en Japón la empresa de don An Cha.

Pero lo que más le gustaba de las obras del japonés era la hija. Cada vez más aficionado a ella, hasta llegó a pensar en casamiento. No se sentía seguro, sin embargo, y el recuerdo de Anna le salía al cruce como la amenaza de un futuro y perpetuo arrepentimiento.

A fin de año tuvo una agradable sorpresa. Jordi Rovirol apareció un día en su cuarto con un desconocido.

—Aquí tienes. ¡Otro argentino!

—¡Mucho gusto! —dijo el recién llegado. Me llamo Julio Frías, de Tucumán. ¡Al fin uno que habla en un idioma

normal!... No puedo con el inglés, *chango*, especialmente a la velocidad con que hablan los profesores de abogacía...

Julio era el hijo único, supo después, de un caudillo tucumano bastante conocido en el país. El padre había mandado a su hijo a Harvard a capacitarse en leyes.

—Así vas a tener más posibilidades de lidiar con los porteños —le repetía su padre con ilusión.

Pero el hijo del caudillo estaba alternando las preocupaciones del ingreso a ingeniería con planteos religiosos y cuestionamientos vocacionales.

También por eso el padre lo había exilado. Harvard y los estudios, o al menos las estudiantes, le sacarían esas veleidades de la cabeza...

De hecho, José María sería de gran ayuda para el joven tucumano, en los comienzos académicos, y éste sabría reconocérselo, con ocasión de algún viaje, en vacaciones, y más tarde en una forma que entonces le hubiera parecido un sueño.

Esa noche apareció Joe y se llevó a todo el mundo a la inauguración de un nuevo bar estudiantil.

*

Al año siguiente José María cambió de residencia. El O'Reilly College iba a ser su casa por dos nuevos años, y allí compartiría la habitación con un simpático neoyorquino llamado Kevin McEnnon. Este, un joven de talla menuda, vivaz y muy inteligente, soñaba con recibirse de ingeniero aeronáutico para inventar aviones-sin-riesgo. Pronto hicieron buenas migas con José María y el resto del grupo,

especialmente con Julio, que acudía con frecuencia a pedir ayuda a su compatriota.

Al llegar el verano, Kevin invitó a José María, Joe, Julio y Jordi a pasar una semana en su casa de la Bahía. El último día decidieron alquilar una lancha e ir a pescar. Para el antiguo pescador del Paraná el programa no tenía rival, aunque fuera en ese lugar algo más sucio y superpoblado que el litoral argentino, y hubo de iniciar en el oficio a los dos europeos, Cata y el danés, que en su vida habían ensayado.

—Es que el Mediterráneo ya casi no hay pescados — decía Julio Frías, tomándole el pelo al catalán. Y seguía:

—Uds. no pescan porque se los comieron todos.

El Cata le salió al cruce:

—Lo que ocurre es que tenemos cosas más importantes que hacer.

—Sin embargo, en la Biblia la pesca es muy importante. Y si no, ¿qué hicieron los apóstoles después de la resurrección de Jesús? ¡Se fueron a pescar! Ustedes los españoles han perdido sus mejores tradiciones...

Intervino entonces Joe, mientras desenredaba por quinta vez la línea:

—Ahora han adoptado las tradiciones del norte, y cambiaron la Biblia por la cerveza... ¡Ja, ja!

Por su parte, José María disfrutaba del momento y escuchaba con simpatía a sus amigos. Julio estaba diciendo:

—...en Argentina todavía guardamos, gracias a Dios, las buenas tradiciones hispánicas, y para la gente todavía es motivo de orgullo el decirse cristianos...

—Aunque a veces la práctica va por otro lado, ¿no? — preguntó José María.

—Eso es lo que ocurre en España —acotó el catalán.

—¡Ese es el problema! —aprobó Julio. Y continuó:

—...algo de razón tiene este vikingo. Los países del norte de Europa empezaron por relajarse, después inventaron una religión donde las obras no cuentan, solo la Fe, y al final se quedaron sin la Iglesia, sin las obras, sin la Fe, y ahora se dan al trago...

El danés se defendió:

—Bueno, bueno, no te lo tomes tan en serio... Yo creo en Dios y estoy seguro que Él no tiene ningún problema en que, de vez en cuando, nos regalemos con unas pintas de cerveza... ¿Acaso Jesús no invitó a sus amigos con unos vinos..?

Julio se puso serio:

—Eso se parece a una blasfemia. ¡No eran unos vinos, sino su sangre!

Intervino José María, conciliador:

—Lo que Joe quiere decir es que para la Última Cena usaron vino, y no simplemente agua, o leche...

Interrumpió Jordi:

—Eso les pasa por meterse a hablar de lo que no saben. ¿Por qué no le preguntan a un español, que al fin y al cabo fuimos nosotros los que les enseñaron a ustedes la religión?

El tucumano, ocupado en recoger su línea con un pescado diminuto, protestó, en castellano:

—Callate, gallego pedantón, separatista, tragalibros...

—¿Qué?, *what?* —preguntaba el danés, que no entendía y no quería perderse lo que sonaba a insultos.

En ese momento se escuchó desde adentro de la cabina:

—*Stop that bullshit and come...!* —con lo cual Kevin, anunciando que estaba listo el almuerzo, daba por terminada la discusión.

*

Tres años más tarde, José María se recibía de ingeniero.

Llegaba la hora, otra vez, de hacer las valijas y dejar a los nuevos amigos. Cada uno de ellos había contribuido en algo a la maduración del joven argentino, y cada uno había dejado en él, de una manera u otra, su semilla.

Joe con su simpática frivolidad, Julio con su insistencia sobre lo religioso, Mijita con su silencio solidario, Jordi con su estudiosidad...

Pero la separación no iba a ser definitiva. Muy al contrario, cada uno tendría todavía algo que aportar para el porvenir de José María, de una manera no poco trascendental. Al menos, mucho más relevante de lo que ellos mismos podían imaginar en la gran reunión de despedida, en el pub, aquella noche primaveral en Boston.



VII

SENTIMIENTOS ENCONTRADOS

El bote se mecía suavemente, como burlándose de la fuerte correntada que quisiera llevárselo aguas abajo. Las gallinetas con sus gritos parecían saludar al joven pescador, de vuelta en el paraje.

Parecía mentira que hubieran pasado todos esos años, y que hubiera habido lugar y espacio para tantas experiencias. Porque el lugar estaba idéntico. Los troncos secos seguían haciendo guardia en el buen pesquero que José María conocía tan bien.

Tal vez eran también los mismos, esos caranchos que daban vueltas no lejos de allí. Y el río era también el de siempre, a pesar de que las aguas iban pasando para no volver.

—Este es mi pago, al que yo pertenezco... —se decía el pescador, espantando los mosquitos que anunciaban buena pesca. Recordó la expresión que usara Kevin al mostrarle su mansión:

—*I belong here...!*

—¿Es que yo pertenezco siempre a este lugar..? —se preguntó.

—¿Es que el ingeniero electrónico Reiner, con este bagaje de ciencia, de idiomas, de amigos y posibilidades, es el mismo Pepe que pescaba aquí hace unos diez años..? ¿Qué hay en mí de aquél *menchito* sin porvenir, como tantos en el pueblo...?

Pronto rechazó esas especulaciones que bordeaban un orgullo peligroso, y su imaginación lo llevó, de entre aquellas sólidas amistades, al risueño y amistoso rostro de Mijita. Ella había sido, se confesó a sí mismo, algo difícil de abandonar para siempre. Se había acostumbrado tanto a ella que, a la hora de separarse se había sorprendido a sí mismo por su apego a la japonesa. Recordó el momento. Ella se había sentado sobre el borde de la cama, donde él terminaba su última valija, con la gracia de una geisha y el candor de una niña. Los hermosos ojos rasgados brillaban como nunca, y su silencio se había vuelto más elocuente. Lo miraba como esperando un gesto, y él simulaba concentrarse en el apilar camisas y ordenar los diversos souvenirs.

—Si no hubiera sido tan tímido... ¿O sería respeto...? Lo cierto es que ella no se hubiera resistido a ningún final impetuoso...

Recordó entonces la expresión de Kevin cuando abrió la puerta y los encontró abrazados en silencio, y cómo tuvo que salir a buscarlo al pasillo. Y no habían habido entre él y Mijita más palabras. Tal vez ella esperaba...

Quién sabe...

Julio y agosto los pasó en su casa, en General Sacheri.

El rancho de los López Reiner había quedado, en cierto sentido, algo estrecho para el nuevo profesional. Pero era siempre su hogar, y para él no había lugar en el mundo que se le pudiera comparar.

Reencontró antiguos amigos, se sorprendió al ver convertidas en señoritas, algunas muy atractivas, aquellas vecinitas con las que se había criado. Se repetían los diálogos:

—¡Pero qué grande y qué linda te pusiste!...

—Dice papá que vayas a verlo al escritorio, que tiene algo que proponerte...

Y el papá:

—...¿Qué te parecería quedarte a trabajar conmigo, en el molino?

Y otro:

—Ahora que sos ingeniero, ¿te interesaría asentarte por aquí con un buen sueldo...?

Recibió varias ofertas de trabajo interesantes, en su pueblo y en los alrededores. Algunas lo tentaron, y su padre hizo un poco de fuerza en ese sentido:

—¿Y ahora, m'hijo? Parece que las cosas se dan muy bien para plantarse y dar fruto, ¿no? ¡Qué alegría para unos padres ver al hijo volver con todos los honores, y capacitado para formar su familia y trabajar con dignidad...!

Pero había algo más en qué pensar. Karl, allá en Baviera, también tenía sus planes para José María, y éste se sabía en deuda con su amigo alemán.

Pensaba:

—Total, ¿qué son dos o tres añitos más afuera? ...y después vuelvo con más recursos como para instalarme por mi cuenta...

Al final, fue lo que hizo. En septiembre volaba para Alemania. La empresa de su amigo le reservaba el puesto de Gerente, y allá iba, con su título, su entusiasmo por ver a sus amigos y, en un rincón del corazón, la emoción de volver a ver a Anna, a propósito de la cual no dejaba de alimentar, todavía, secretas ilusiones.

El pueblo entero le preparó un gran recibimiento. Allí estaban todos los varones del barrio, en la banda de música dirigida siempre por don Hans, y allí estaba la joven Anna, más esbelta y hermosa que nunca.

*

No serían dos o tres, sino siete los años que pasaría José María en Europa, trabajando y viajando, experimentando y desarrollando para la empresa de su amigo y socio nuevas posibilidades.

Algunos viajes al Japón, como a los Estados Unidos, lo mantuvieron en contacto con las amistades de Harvard, estableciendo con ellos incluso algunos intercambios técnicos y comerciales.

Su compañía de todos los momentos eran Karl, a la hora del trabajo y del deporte, y Anna, cuando había que tomar pareja para los bailes del pueblo y las salidas. Sus sentimientos hacia ésta seguían siendo inciertos. Por momentos se planteaba la posibilidad de decidirse por ella, pero nuevas circunstancias venían a postergarlo.

Todos en la familia y en el pueblo esperaban el anuncio y ya casi saboreaban los festejos.

Pero para el interesado la cosa no era tan fácil. La voz de la patria se hacía sentir con frecuencia. José María vivía interiormente, y solo, la tensión entre el regreso a la Argentina, que él sentía curiosamente ineludible, y la atracción creciente por la muchacha que —lo presentía— se le brindaría alegremente.

Hasta que un día encaró seriamente el problema, y lo resolvió de acuerdo con la sangre. Fue con ocasión de la visita de un amigo.

Jorge Corondo era un joven muy simpático, que como diplomático había estado destinado a la embajada argentina en Suiza, con sede en Zúrich. Había conocido a José María cuando éste tramitara permisos y demás requisitos burocráticos, y su habilidad y buena disposición habían facilitado mágicamente las cosas. Se visitaban con cierta frecuencia, y esta vez Jorge llegaba con noticias frescas de la situación en Argentina.

Y estaba siendo muy franco:

—A decir verdad, la situación no es precisamente alentadora. En todo el país reina un nerviosismo inquietante, debido en gran medida a la situación económica. Ahora todos

protestan, como ustedes vieron en la tele, también contra la inseguridad y la corrupción.

—Y por tus denuncias te echaron, ¿no? —preguntó Pepe, aunque ya sabía la respuesta.

—Así es —respondió. Y medio riendo agregó: — Por eso ahora puedo vivir y hablar más tranquilo...

Y continuó:

—La pobre gente sigue padeciendo las consecuencias de la ineptitud y la codicia de gobernantes y funcionarios. La huelga de maestros ha vuelto a paralizar la actividad escolar por un mes. Los trenes siguen funcionando en un treinta por ciento, con los otros dos tercios fuera de servicio por desgaste y falta de mantenimiento.

Sus comentarios producían en don Hans un constante meneo de cabeza, con los labios fruncidos de desaprobación.

—¿Y qué hay de cierto en los ataques a las comisarías? —preguntó José María.

—Es verdad. En los últimos dos meses hubo tres intentos. Parecen ser parte del entrenamiento de militantes organizados para guerrilla urbana. ¡Vuelven a aparecer!

—Para colmo, la sequía redujo la producción agraria a la mitad y, peor todavía, la energía eléctrica a una cuarta parte, con las consecuencias que es fácil imaginar en la vida cotidiana. Siguen los cortes de luz...

—La gente había pensado que con las elecciones y el nuevo gobierno las cosas se iban a arreglar —comentó tristemente José María.

Respondió Corondo: —El nuevo gobierno continuó con el discurso populista, disimulando la corrupción y el asalto a los

bienes del Estado, y promoviendo más todavía el adoctrinamiento neo-marxista.

Retomó don Hans:

—Sí, pero nada se arregla con estos socialistas que no tienen más que esquemas abstractos de esa izquierda pseudo-intelectual. ¡Parece mentira, el comunismo se está cayendo en todas partes menos en las cabezas de esos politiqueros!

Y era verdad. Los únicos resultados, en el primer año de gobierno, habían sido un aumento de la inmoralidad pública y de la inflación. Y a ello se agregaba un avance desembozado del marxismo, de un trasnochado marxismo-leninismo anárquico y anticlerical, en la educación pública en todos sus niveles.

—¿No será que más que socialistas estos gobiernos son simplemente una banda de ladrones? —acotó Karl. Y agregó:

—Es lo que le digo a Pepe: la Argentina se levantaría en seguida, si se sacara de encima a esos secuestradores disfrazados de políticos y sindicalistas que la tienen de rehén...

Se levantó don Hans para buscar otra botella, repitiendo por enésima vez:

—Ahí lo que hacen falta son personas honestas y competentes, ¡que sepan y quieran trabajar por el país!

Anna dejó deslizar, ella también, su pequeño comentario:

—Menos mal que vos estás aquí, tranquilo, ¿no?

En José María seguían trabajando sentimientos encontrados.



VIII

EL AMANECER DE UNA GRAN EMPRESA

Al fin, la decisión fue tomada. Al menos, en cuanto al trabajo.

Y con sus 31 años de edad, portador de las bases para el establecimiento de una joven empresa, José María llegaba a Buenos Aires y comenzaba de nuevo...

No había sabido resolver la cuestión sentimental: ¿Anna Sirchen? ¿Miju An Cha?... Tal vez habría que esperar una tercera, todavía desconocida.

Mientras tanto, tenía por delante todo un mundo en el que pensar. Su propio y pequeño mundo, el de sus proyectos y negocios, las investigaciones del mercado, hasta montar una gran empresa.

—Allá, vos sos el patrón —le había dicho Karl, dándole carta blanca en cuanto a los detalles. Le tenía confianza y estaba dispuesto a sostener a José María en sus difíciles comienzos.

—Vos verás si las trabas locales para proyectos como éstos te dejan trabajar. Si no, siempre tenés la posibilidad de volver...

José María se preparaba, pues, para enfrentar la burocracia, las devaluaciones, las trabas aduaneras, los cepos y coimeros y todo lo que contribuiría al desaliento. Todo aquello que sin cesar lo empujaría a renunciar al proyecto y a volver a la seriedad y seguridad que había conocido y disfrutado en el extranjero.

Don Hans había agregado, muy a su manera:

—Con ganas de trabajar, paciencia a toda prueba y los recursos necesarios, van a salir adelante. ¡La Argentina puede!

José María se tenía confianza. Tenía muy buenos planes y contaba, lo sabía, con valiosas ayudas. No sólo Karl, con sus sólidos euros y su experiencia maderera. Podía contar asimismo con Miju y las fábricas paternas, en Japón. Rovirol, por su parte, en Barcelona, estaba siempre dispuesto a asociarse a una buena empresa en la que hacer rendir sus talentos. En fin, el mismo Kevin estaba bien conectado con fuertes empresarios y fundaciones solidarias.

Si las propuestas y el país ofrecían garantías de seriedad, podrían asomar en el horizonte las primeras luces del alba...

*

Cuatro meses más tarde, ya instalado, José María contemplaba la lluvia desde su escritorio. La gente corría buscando refugio. Era todo un símbolo de la caótica situación

financiera que atravesaba el país. En ese agosto, Buenos Aires no era propicio para otra cosa que para trabajar.

—Ya estamos todos —le dijo Miju.

Había convocado un encuentro que podría ser decisivo. El equipo y los invitados especiales lo vieron entrar. Saludó y fue al grano:

—Aquí están los diseños.

—Básicamente son las carpetas de nuestros trabajos en la universidad —comentó el catalán Rovirol.

—Así es, con algunos agregados y correcciones que nos inspiraron las circunstancias del país. Algunas cosas van a ser una sorpresa incluso para mis amigos...

Y ante la mirada intrigada de los demás explicó:

—Son modelos y proyectos, en los que se mezclan importantes ayudas de Jordi, nuestro cerebro electrónico...

El aludido no pudo evitar un gesto de complacencia.

—...con no pocas veleidades artísticas, de las que algunas solían reírse...

A esto Mijita, sentada en frente suyo, le dirigió una mirada de simpatía y como de arrepentimiento.

—Estos proyectos, como ustedes ya saben por lo que les adelantara al proponerles el tema, suponen también la colaboración de la industria de Karl, y la complicidad de Kevin.

Los dos nombrados asintieron de pleno acuerdo. Se leía en sus miradas el interés y la entera solidaridad. La aventura de José María iba a ser, en diversa medida, la de todos ellos. Y la idea los llenaba de ilusión y de entusiasmo.

—Por el momento, la forestación en cuatro provincias y la exportación de madera a Alemania, para ser industrializada

por los Sirchen, han marchado sin dificultad, y todo eso promete buenas ganancias. Con ese trabajo ya encaminado, y a cargo de eficientes colaboradores, pudimos empezar a investigar las posibilidades en el otro terreno.

Hizo una pausa, sorbió un poco de café y continuó.

—En lo que hace a la informática en la Argentina, hay tres cosas para tener en cuenta. Por un lado, una demanda siempre creciente. Luego, enormes trabas burocráticas para la creatividad. Y, por último, un mercado atrasado y en total dependencia de las grandes empresas. Este proyecto es a la vez ambicioso y modesto...

Y entró en detalles, con los dibujos a la vista.

Se trataba de lograr poner en las manos de todos los chicos una pequeña computadora con todo lo necesario, no solo en cuanto a software, sino con dos innovaciones que serían muy bienvenidas.

Y explicaba:

—¿Ven? La batería se puede alimentar automáticamente con un cargador solar. Y esta pequeña y poderosa antena, inventada por don Ancha, asegura la conexión a la web sin costo alguno y en cualquier parte del planeta.

Intervino Karl:

—Con un precio reducido a la tercera parte de lo habitual, y con una elegante cubierta enchapada en nuestra madera más fina, esta joyita puede competir con cualquier otra oferta del momento.

—Pero Jordi y Miju tienen otro detalle —interrumpió Pepe—, que viene en el mismo paquete. Y le hizo una seña al catalán, que abriendo un estuche sonrió y dijo:

—Pensar que parecía un divague, cuando se nos ocurrió en Boston —comentó Jordi. Y agregó:

—¡Quién nos iba a creer que se iba a poder conectar la PC de escritorio no solo al celular sino a esta mini pantalla en los anteojos!

En medio del entusiasmo de los participantes, concluyó José María:

—Hasta aquí, era sólo cuestión de armonizar y poner en marcha posibilidades concretas, para un mercado netamente argentino. Y una vez que este primer paso esté en marcha, podemos ir escuchando y respondiendo a otras necesidades, y extendernos hacia toda la América del sur y del centro.

El proyecto se mostró viable, y entre todos contribuyeron con nuevas ideas.

Ya era de noche cuando la reunión se disolvió, y como estaba previsto por José María terminaron la jornada cenando y festejando con empanadas en La Querencia.

*

Terminó el invierno. El sol se mostraba ahora más generosamente en el campo argentino.

Tres meses después de aquella reunión, sus participantes se reunían nuevamente, esta vez en los pagos de los López Reiner.

Al grupo original, se habían agregado otros personajes. Allí estaba Karl, pero también su padre, el granjero alemán don Hans Sirchen. Estaba Miju, pero también estaba el empresario japonés Tuju An Cha, su papá. Y estaba Jordi Roviol, pero con Lucía, su novia argentina. Y completaba el equipo Kevin McEnnon, al que acompañaban tres

representantes de las empresas multinacionales que ya estaban invirtiendo en los proyectos.

Luego de un cordial almuerzo, preparado por don Ramón López, el mejor asador de General Sacheri, limpiaron la mesa y reemplazaron el mantel con carpetas.

Al cabo de una tercera vuelta de café quedaban sentadas las bases para iniciar la fabricación de las nuevas computadoras argentinas. Iban a llamarse *Amanecer*, en honor al esperado despunte de una pujante industria, y saldrían al mercado, para un primer test de aceptación y venta, al cabo de pocos meses.

—¡Muy bueno el sistema de publicidad que abarata los costos!, exclamó Karl, desbordante de entusiasmo, y los demás no le iban en zaga. Hasta Jordi, habitualmente abstraído en su mundo de programador, inventando nuevas formas de sistemas operativos, reía y ofrecía nuevas ideas para un programa original y adecuado al terreno:

—¡Para vosotros los argentinos, habría que agregar un interface conectado al cuerpo, que os haga trabajar más y comer menos!, bromeaba mirando a su novia.

Karl, por su parte, hacía buenas migas con Mijita, a pesar de su limitado conocimiento del inglés, mientras el empresario japonés se interesaba por los métodos de trabajo de las granjas alpinas.

Cinco meses después, aparecían en el mercado las computadoras *Amanecer*. El nombre hizo sonreír a más de uno, ya que esa marca hacía pensar más en ginebra o alpargatas que en electrónica último modelo.

Pero una buena campaña publicitaria impuso respeto, y pronto los mejores vaticinios quedaron en la sombra, ante el éxito inicial. Era la superación de todo lo existente para un público como el argentino, a la vez pretencioso en cuanto al producto y su precio, y de gustos estéticos definidos.

En la presentación la PC criolla superaba ampliamente al plástico blanco o la bakelita negra, que a los argentinos, y especialmente a las mujeres, en el fondo no les gustaba. En la opción, las máquinas enchapadas en noble madera quedaban muy bien sobre un escritorio y no eran pesadas para llevarlas consigo.

El precio increíble atraía multitudes, posible gracias a las facilidades de los proveedores, a lo completo de la oferta y al oportuno desinterés económico inicial de los fabricantes.

Siendo pequeña, se trataba de una potente PC muy competitiva con las mejores del mercado importado, con elementos procedentes de la Casa An Cha que ya se producían en el país. A esto se agregaba, especialmente, el súper-programa en castellano, ideado para el país por José María con la ayuda técnica experta de Jordi Roviol. La original y elegante presentación era posible gracias a la madera del país trabajada de acuerdo a los económicos métodos de la empresa Karl Sirchen. Y pronto siguió la oferta de una impresora conectada solamente con láser, también envuelta en distintos veteados haciendo juego.

Fue el impacto. Todas las secretarías exigieron de inmediato el reemplazo de los anodinos equipos color sanatorio por los modelos de su elección, con lo cual surgió la necesidad de fabricar también equipos de escritorio. Llovían los pedidos de los establecimientos de toda índole

pidiendo, además, programas adaptados a sus necesidades específicas.

Un nuevo programa que permitía la conexión de la PC a diversos artefactos para el hogar convirtió por fin la computadora en una necesidad para las familias, y al equipo de José María en los pioneros de una nueva era.

La Central de Comunicaciones Electrónicas de Amanecer comenzó a ofrecer servicios inéditos para la pequeña empresa y las finanzas.

En el transcurso de un año José María hubo de trasladar sus instalaciones dos veces, la última a un complejo de una manzana en el barrio de Belgrano.

Sucesivos viajes al extranjero le permitieron crear y robustecer lazos con nuevos proveedores. Varias giras por países limítrofes fueron ampliando la demanda y dando ejemplo para el surgimiento de empresas como la suya.

Pero lo más interesante para el joven empresario fue que en el interior del país, alentados por el ejemplo y el éxito de la iniciativa López Reiner-Sirchen, comenzaron a surgir pequeñas industrias que armonizaban, como Amanecer, los últimos adelantos de la técnica, como las poderosas mini baterías solares, con el gusto y las necesidades del mercado argentino.

Karl trajo de su pueblo el invento del viejo Aumann, y ahora ya es muy común el portero eléctrico para tranqueras, que los hermanos Carrizo fabrican en grandes cantidades en los talleres de Colonia Lorena.

También se popularizó entonces el termo eléctrico con batería recargable, que los hermanos Hallmann fabrican en

gran escala, y que desde Madariaga ya invadieron Sudamérica.

El ignoto orfebre Sergio Beni descubrió una aleación y hoy pululan en Corrientes las fábricas de cuchillos que se auto-afilan.

Desde un rincón de la Patagonia se exportan a cinco países las chimeneas a gas con control remoto, marca Mondan Lamer, las que, entre otros inventos fabricados por pequeñas empresas y cooperativas, ya no faltan en los hogares de nuestros criollos.

¡Era la hora del campo!

A los dos años, José María ya tenía una activa empresa en su pueblo natal, General Sacheri, donde se cortaban y pulían cuidadosamente maderas traídas del norte, para las computadoras de escritorio.

En Santa Fe se montó un gran local donde chicos con capacidades diferentes armaban equipos.

En la Capital Federal Miju organizó una pequeña Academia para jóvenes que querían iniciarse en la investigación. Y le decía a su padre:

—Papá, en este país hay mucho potencial. ¡Aquí son todos inventores! ¡Les falta despertar, y ponerse a trabajar!

Muchos lo hicieron.

No les faltaron, ciertamente, los problemas.

José María, y *Amanecer*, estaban logrando lo que hasta entonces parecía imposible.

En el marco de los intrincados intereses financieros e ideológicos que atenazaban a los países en desarrollo, una

industria nacional mostraba al mundo sólida competencia en el mejor nivel internacional. Y a la vez proponía una indiscutible superación en un campo casi inexplorado, en el mundo de la tecnología y la informática: el de la estética.

El mercado se había volcado en su favor, mostrando quién era el vendedor más inteligente. Los nuevos recursos habían permitido la investigación, y los resultados ya estaban en las manos de todos.

Ello no podía dejar de provocar envidias.

Hubo de superar también extorsiones, de parte de funcionarios inescrupulosos, y hasta robos.

Pero la maquinaria estaba en marcha, y esos obstáculos no la hicieron vacilar.

En Argentina algo nuevo había amanecido.

Amanecer había sido el prototipo de una empresa y de una actitud. Y su ejemplo había sido el puntapié inicial de un incesante brotar de industrias jóvenes y prometedoras.

Con ellas, muchos pueblos de actividad dormida y futuro incierto habían cobrado nueva vida, convirtiendo en trabajo fructífero la inoperancia y el desempleo. Y cada uno de ellos hizo resurgir su porción de rutas y vías férreas, como arañas que despiertan y recrean sus redes.

Era una revolución industrial, era la encarnación de un sueño con proyecciones que nadie había sospechado. Era el despertar de un pueblo, sacudido por un ejemplo providencial, en el debido momento.

Era el comienzo, en todos los sentidos, de un nuevo siglo.

IX

LA AUSTERIDAD AL PODER

La Avenida de Mayo se ponía insoportable por el calor. Los parroquianos se acodaban en el estaño pidiendo una cerveza tras otra y discutiendo, como siempre, de fútbol y política.

—¡El gobierno les daba manija a lo' barrabrava! — vociferaba un reo, uniendo los dos temas, y otro le hizo eco:

—Y para todos esos había guita, hasta que se les acabó. Les quedaba solamente la maquinita de hacer billetes...

—¡Y nos mataron con la inflación! En fin, vamos a ver qué pasa con el nuevo gobierno. No le va a ser fácil al viejo.

—Yo le tengo fe. Es otra gente...

Las elecciones habían llegado, y ante el fracaso, por ineficiencia y corrupción, de un gobierno que insistía en perpetuarse, y, como única alternativa, los argentinos habían

abrazado la candidatura solitaria de un caudillo provincial. Y así fue cómo don Horacio Frías asumió la presidencia.

En una confitería de la calle Santa Fe también se hablaba de política:

—¡Pero si no tiene más programa de gobierno que esas proclamas federalistas!

—Puede ser, pero es un hombre honesto y un auténtico patriota.

—Dicen que con el triunfo electoral él fue el primer sorprendido, pero que no habla de ello por no dar una mala imagen.

—Yo también creo que le debe la presidencia más al fracaso del anterior gobierno que a méritos propios o de su partido.

Y era cierto. Y el caudillo lo sabía. Pero estaba decidido a acudir, lo antes posible, a la ayuda de un grupo de expertos, competentes y honestos.

De su competencia iba a juzgar por sus resultados en el ámbito privado, y no iba a caer en el antiguo error de confiar la gran empresa nacional a quienes no habían sido capaces de llevar adelante la pequeña empresa propia.

Y de garantizar su honestidad iba a ocuparse personalmente. Tenía para ello un doble recurso, que no le había fallado durante su gobernación: dar ejemplo de austeridad, pagar muy bien a sus colaboradores, y vigilar mejor todavía.

El caudillo tucumano conocía, ciertamente, al joven empresario López Reiner. Solía repetir:

—A ese muchacho mi hijo le debe casi la carrera. Macana que la carrera, ¡ay!, le sirvió de tan poco... Ir a estudiar a Harvard para terminar haciéndose cura...

Y sabía, por los encendidos elogios que le hacía el ahora padre Frías, que el tranquilo y emprendedor ingeniero estaba en los orígenes del renacimiento industrial.

*

El 4 de abril José María era recibido en la Casa de Gobierno.

—Sentate, muchacho, le había dicho sin muchas vueltas el dueño de casa. José María estaba algo nervioso, envuelto en esa solemnidad para él desacostumbrada.

Entró un ordenanza con una bandeja en la que brillaba un mate de plata. José María se sintió algo más cómodo.

Al tercer mate, y después de las consabidas preguntas por las respectivas familias, el Presidente fue al grano:

—Quiero felicitarte personalmente por el éxito de tu empresa, que es un verdadero orgullo para el país.

—Sí, tuvimos suerte...

—¡No sólo suerte! Ustedes son un equipo de personas dedicadas y capaces. Por eso están triunfando. Y eso a pesar de las trabas que les ponía a cada paso el anterior gobierno. Eso es lo que yo quiero y el país necesita para sacar adelante esta gran empresa que es la Argentina, y que nos han dejado hecha una ruina.

José entregó el mate al ordenanza. Le pareció que ya era oportuno amagar una retirada. El otro lo detuvo con un gesto.

—Eh..., por eso quería hablarte de algo que me preocupa. Estoy buscando al candidato que me ayude a promover un gran despegue laboral e industrial. Y me parece que vos has demostrado tener todas las condiciones.

El ofrecimiento dejó a José María sin resuello.

—Pero ...¡yo no entiendo nada de política...!

—Estás equivocado. Vos no entendés nada de politiquería, que no es lo mismo. Vos, como mucha gente decente de este país, no conocés lo que es el funcionamiento de un partido y de las intrigas para conseguir votos. Pero vos, como muchos otros, estarían en condiciones de gobernar para el bien del país, y eso por dos razones: primero, porque tienen talento para la organización y la producción. Y segundo, porque son capaces de poner el bien del país por encima de los propios intereses.

Agradeció el nuevo mate que se le ofrecía, y José aprovechó la pausa para acotar:

—Pero seguramente habrá en el Ministerio gente de carrera que...

—Mirá, muchacho. El problema de nuestro país es que hay mucha gente "de carrera", como vos decís, que tendrían que estar en cualquier otro lugar. Y hay gente que está en cualquier otro lugar menos gobernando, ¡y eso es lo que tendrían que estar haciendo! Es un problema viejo, entre nosotros. En otras palabras, la gente de auténtica nobleza dejó el comando a los bandidos. La política se redujo a politiquería y del bien común no hay quien se acuerde.

A José le parecía estar escuchando a don Hans, en las noches del invierno alpino alrededor de la chimenea. ¿No decía él algo parecido, cuando concluía, invariablemente:

—el pueblo es bueno, pero los gobernantes son todos ladrones.

Este hombre no era don Hans, sino en todo caso don Horacio, pero el mismo sentido común los inspiraba. El Presidente seguía:

—...ésta es la oportunidad. Debemos aprovecharla, para fomentar una clase dirigente de talento y desinterés.

Como le gustó su propia frase la repitió, como para sí mismo:

—Talento y desinterés. Que hagan frente a la ineptitud y voracidad de los politiqueros que llevaron un país tan rico a la miseria, a la desocupación, ¡a la oscuridad!, que ni la energía eléctrica nos dejaron...



X

UN DESAFIO INESPERADO

Ya era de noche cuando José María salió a la calle.

Los jubilados, habituales en la plaza, se habían ido a los bares o a dormir. El silencio había vuelto a reinar, y se podía escuchar el ruido de los pasos de José sobre el sendero.

Pensaba. El discurso que le había hecho el Presidente lo había impresionado. No se había comprometido, sin embargo, porque quedaban pendientes ciertos asuntos que no podía resolver por su sola cuenta.

En lo que a él concernía también tenía sus dudas, y sobre ellas cavilaba mientras cruzaba frente a la Catedral. Se persignó. Vieja costumbre aprendida allá en su pueblo y que lo había acompañado siempre.

¿Sería capaz de dejar su pequeño imperio en manos de sus segundos, por el llamado a cooperar en la emergencia? ¿Qué opinarían sus socios? ¿Tenía derecho a hacerles correr el riesgo?

Al día siguiente llamó a Karl por teléfono, a Baviera. La respuesta de su amigo, tan simple y en cierto modo despreocupada, le allanó el camino.

Riéndose, le decía:

—Total, en Argentina los ministros duran poco tiempo... Yo me voy para allá, para mirarte hacer de ministro, mientras te dura.

—Pero habrá que pensar en mi reemplazante...

—¡No te preocupes!, que mientras tanto yo me ocuparé de la empresa.

Siguieron conversando por un buen rato, y al final Karl le confió:

—¿Sabés, Pepe? En el fondo estaba esperando la excusa para ir a instalarme por allá, al menos por un tiempo. Uno se acostumbra a esa manera de vivir, o de ser, y se la extraña... ¡No hay país más divertido que la Argentina!

*

El 6 de abril el ingeniero López Reiner juraba como Secretario de Industria, ante el Ministro de Economía de la Nación.

De inmediato se dedicó a recorrer el país para interiorizarse de la situación y los problemas. No conocía la marcha de un Ministerio, pero sabía cómo hacer para levantar una empresa.

De acuerdo a instrucciones directas de la Presidencia, el Ministro de Economía le dio pleno respaldo para las iniciativas que juzgara convenientes, y José María puso con empeño manos a la obra.

Al cabo de tres meses había redactado trece proyectos de leyes de promoción industrial, destrabando complicados engranajes estatales, limitando el poderío de sindicatos y oligopolios, fomentando la cooperación de las multinacionales con las incipientes empresas locales y eximiendo de impuestos a las que fueran apareciendo.

Alentado por su política, el respaldo recibido y sus primeros éxitos, el ministerio de Agricultura también abrió para el campo interesantes perspectivas, eliminando impuestos, reduciendo retenciones a la exportación a un mínimo y fomentando la importación de los materiales químicos y técnicos más urgentes. La siembra se quintuplicó, y con ello se conquistaron nuevos mercados en el extranjero.

En el primer año de la función pública del ingeniero López Reiner se redujo el desempleo a un 5%. Empleados públicos y beneficiarios de subsidios redescubrieron los beneficios y la dignidad del trabajo auténtico.

En su segundo año logró la normalización de las empresas estatales más deficitarias, y ante el progreso en su funcionamiento comenzó a tener buena prensa. Lentamente fue venciendo la reticencia inicial y la desconfianza instigada por el partido que acababa de entregar el gobierno.

Los hechos eran elocuentes.

A los tres años del nuevo gobierno hacían su entrada triunfal en el Mercado Común Europeo doscientas marcas de productos con la leyenda "*Made in Argentina*".

Y, cuando el súbito fallecimiento del Ministro de Economía, todos vieron con naturalidad y hasta alivio su reemplazo por el ingeniero López Reiner.

Era tener en las manos las riendas que le faltaban.

El despegue industrial contaba ahora con la solidaridad plena de las finanzas nacionales, y era lo que esperaban no pocos potentados para concretar las promesas de inversiones. Hasta entonces, la sombra de un mal manejo por parte del Ministerio y la mala fama de los anteriores gobiernos los había hecho dudar y abstenerse. Pero ahora tanto los locales como los extranjeros disfrutaban de la estabilidad del régimen y la continuidad del crecimiento.

Amigos de sus amigos llegaron con ofertas para explorar nuevas zonas petrolíferas, con contratos muy ventajosos para el país. Y en la ceremonia de su toma de posesión se hicieron presentes -muy sugestivamente—delegaciones de Alemania, de Japón, China, India y los Estados Unidos.

También concurrieron diplomáticos, unos por exigencia de sus funciones, y otros por razones de antiguo afecto. Éstos le interesaban más aún al nuevo Ministro, porque eran el comienzo de fluidas relaciones internacionales que inspiraban confianza y atraían nuevas propuestas.

Era, ahora sí, el decidido comienzo de un despegue. Era el amanecer del milagro argentino.

José María no podía creer lo que estaba viviendo. Era todo un Ministro, de prestigio y real éxito.

Para ello no había hecho falta ningún tipo de campaña. No había debido participar en mitines, prometer concesiones ni preocuparse porque lo voten.

Las circunstancias le habían sido siempre favorables, desde aquel lejano momento en que partiera a la granja en las montañas alpinas, y luego fuera a capacitarse en una universidad norteamericana, para un día montar su empresa,

triunfar en ella, ser llamado por su méritos a proyectar sus logros desde la Subsecretaría de Industria y, ahora, a dar forma estable a un sistema económico que encarrilara definitivamente el país por los senderos del progreso.

Era, ante todo, un ejemplo.

Y eso era su mejor arma y su autoridad frente a todo un pueblo. Un pueblo que reconocía en él un hombre dotado y honesto, afortunado y generoso. Todo le había salido bien, aunque no sin sacrificios y un permanente empeño. Y ahora estaba dispuesto a compartir con sus compatriotas la fórmula del éxito.

Pero su historia personal suponía también disciplina de trabajo, y esa era la receta. Y si muchos admiraban al hombre, no todos los argentinos estaban dispuestos a caminar por un exigente sendero.

Años, decenios de especulación financiera, de pereza disfrazada, de corrupción y parasitismo hacían difícil poner a todo el pueblo en movimiento en clave de austeridad, solidaridad y esfuerzo.

Como en la granja de don Hans, ese y no otro era el secreto, el camino y la escuela en la que debía introducir a las nuevas generaciones.

Ese era el ineludible y persistente empeño.

Y en esa clave se propuso hacer todo lo posible para librar a su país, de una vez para siempre, del desangre permanentes que significaban, especialmente, la pereza y la corrupción.

—“¡Argentinos, a las cosas!”, había profetizado Ortega y Gasset.

—¡Argentinos, llegó el momento de volver a empezar! — era la consigna del hijo del capataz.



XI

LOS FRUTOS

—¿A qué hora es el discurso del presidente?

Todos esperaban con gran interés las palabras del primer magistrado. Hombre de pocas palabras, iba por fin a decir un discurso. Iba a proponer a todo el pueblo, con humildad y coraje, el plan ideado, principalmente, por el Ministro de Economía. Sabían que el mensaje, autorizado por lo ya logrado, estaría cargado de contenido para lo venidero.

Y esperaban un programa con medidas no sólo financieras sino políticas.

Los parroquianos se acomodaban en sus asientos, pidiendo una copa que justificara la silla que ocuparían un buen rato.

—En cadena nacional..., y la imagen del Presidente apareció en todas las pantallas.

Saludó, y pidió disculpas por interrumpir con su discurso programas y actividades. Actitudes como esa, a las que los argentinos no estaban acostumbrados, eran las que atraían hacia su persona la simpatía de la gente común.

Y fue al grano, haciendo una breve y cruda descripción de la situación, para luego subrayar algunos progresos.

—“Los recursos que, en lugar de convertirse en obras públicas, iban a parar a bóvedas ocultas o cuentas bancarias en el extranjero, están volviendo a la educación y la salud, la industria, las rutas... ¡El Programa *Argentina Construye* está poblando de pequeños pueblos nuevos lo que eran desiertos en el Norte y en la Patagonia!

“De la desocupación disimulada, y la desprotección y el hambre de comunidades enteras, estamos volviendo a la cultura del trabajo, apuntando al pleno empleo, al fortalecimiento de las economías regionales, al fomento de la producción, la exportación, las inversiones...

“Al principio aplicamos la misma medida que en Tucumán: como no podíamos agravar el problema social al dejar a tantos empleados públicos sin su salario, y como también sabíamos que muchos harían más por el país si se quedaran en su casa, aun cobrando, suspendimos a la mitad con la mitad del sueldo. Todos empezaron a buscar nuevos trabajos. ¡Y el que lo busca, sobre todo en el interior, lo encuentra! Para el que quiere trabajar en el país no falta campo abierto.

“Lamentablemente, ahí se aprovecharon los agitadores para sembrar su cizaña de caos y resentimiento. Fue otra de las batallas ganadas por nuestros valientes”.

El Presidente seguía leyendo su texto, y el país entero lo escuchaba con atención. Se veía que la cosa iba para largo, detallando logros en el comercio de carne y vinos, la biotecnología, la producción de automotores, petróleo,

reactores nucleares, turbinas, cibernética de última generación...

Mientras detallaba los programas de incentivo de riego y fertilización para muchos cultivos que habían cambiado la agricultura, muchos se sintieron en la obligación, o en la necesidad, de pedir otra cerveza.

Al rato el orador dejó el papel:

—“Si somos sinceros, tenemos que reconocer que había que ponerse a trabajar. Se trataba de levantar un país, y no simplemente de reducir la inflación a un dígito, como fuera, hasta las próximas elecciones...

—“Había que concertarse con empresas internacionales para que vinieran a crear aquí fuentes de trabajo. A la vez había que fomentar la creación de centros industriales en el interior del país, descentralizando cuanto antes y lo más posible este enorme Buenos Aires. ¡Claro que hay que mudar la Capital, pero con inteligencia! No por decreto y en el aire”.

Era una reforma social de amplio espectro la que se imponía. Había que contar para ello con un apoyo popular inédito, no simplemente emotivo sino capaz de movilizar familias en un afán de pioneros.

De la misma manera, las reformas debían extenderse a toda una gama de corrupciones y de inveterados hábitos nacionales, empezando por la reforma del mismo Estado. Había que acabar con el monstruoso ídolo en cuyo altar se sacrificaba la sangre de un pueblo.

Había que comenzar a vivir como un país normal.

—“Y en eso estamos —seguía diciendo el Presidente—.

—“Hoy son las empresas, sin los obstáculos de malos funcionarios o sindicalistas mafiosos, las que movilizan la

economía, crean fuentes de trabajo y aseguran buenos salarios”.

Ya no se trataba de declamaciones vacías. El Gobierno podía ofrecer al pueblo los resultados de una gestión que estaba dando y mostrando sus frutos.

La moneda fuerte, explicaba el Presidente, incentivaba el ahorro, lo que daba origen a nuevos capitales que se convertían en mayor producción, y ésta aseguraba al trabajador mejores salarios.

En un momento el orador dejó el texto preparado, continuando, presa de la emoción, e inspirado por la alegría y la gratitud:

—“Hoy, gracias a una buena gestión, que, hemos de decirlo con orgullo, tiene entre sus principales autores a nuestro Ministro de Economía-, hoy el mundo entero contempla un país en pleno desarrollo...”

“Un pueblo que al levantarse cada mañana para ir al trabajo sabe que el tren va a funcionar, y al volver a casa no tiene miedo de caminar por las calles de su barrio, como los miembros de este gobierno también lo hacen, como un vecino más.

“Sabe que la escuela educa nuestros chicos, a los hijos del ministro como a los hijos del portero, para que un día éstos puedan llegar a ministros si se empeñan y perseveran.

“Sabe que si uno se enferma, los hospitales nos atienden rápido y bien.

“Fue muy importante recuperar a nuestros jóvenes con el Servicio Social Obligatorio, que les asegura instrucción básica y formación moral, los salva de la droga y la

delincuencia y los arma con un oficio para luchar por su porvenir.

“Sabemos que cada uno puede tener su casa y vivir en paz, en la tranquilidad que dan el orden y la justicia, y en donde se cuida de los más necesitados”.

Cuando le tocó referirse al premio al mérito y la honestidad en la función pública, alguien gritó desde el fondo:

—¡Bien hecho que metiste en cana a esa manga de ladrones...!

A lo cual otro replicó:

—¡Por fin nos sacaron de encima estas garrapatas que la juntaban con pala y se la llevaban en bolsas...!

—¡Y encima se querían quedar para siempre!

—Un brindis por el Ministro Rodríguez Viruela! — propuso otro, en homenaje al Ministro de Justicia y su recién concluido proceso *Nunca Más Corrupción*.

—¡Y otro por que la Argentina *desparasitada* vuelva a engordar!

Desde el mostrador, secando un vaso acotó el bolichero:

—Ja! La Argentina es como un corcho, aunque los políticos la hundan vuelve a salir a flote...!

Los hicieron callar a todos, porque el Presidente completaba su pensamiento:

—“Pero, somos todavía muy pocos. ¡Falta gente! ¡Hay que tener más hijos y poblar nuestra tierra! ¡Qué lindo ver en todos los barrios y pueblos de la Argentina muchos chicos jugando y aprendiendo, bien alimentados y sanos, que van a ser los jóvenes bien preparados y los hombres y mujeres que harán grande a nuestra Patria!

*

La gente volvió a cantar. Florecieron, otra vez, las peñas en los barrios.

Y casi todos volvieron a votar a la Unión Federal, que seguía promoviendo políticas de promoción social, en base a la educación y la difusión de la propiedad. Combatiendo la vagancia se logró menor delincuencia y más seguridad. Persiguiendo la corrupción en todos los niveles del gobierno empezaron a sobrar los recursos y disminuyó el flagelo de la inflación. La sensación de libertad, seguridad y progreso aseguró a ese partido otro triunfo con el 85% de los votos. Casi todo el país estaba acompañando el esfuerzo de un equipo que inspiraba confianza y mostraba resultados. Salvo los nostálgicos del clientelismo, todos apreciaban un Estado que alentaba la creatividad, la igualdad de oportunidades, la movilidad social.

Faltaba recuperar a quienes se habían dejado envenenar por ideólogos del resentimiento, o simplemente comprar con prebendas disfrazadas de subsidios.

Era lo que iba a emprender el nuevo gobierno, a cargo, esta vez, del hasta entonces gobernador de Corrientes, con un mensaje de libertad en la solidaridad nacional bajo la bandera azul y blanca.

Hombre sencillo y campechano, como el anterior, aunque algo más cultivado y piadoso. Fiel a su lema de campaña, *a Dios rogando y con el mazo dando*, lo primero que hizo, felizmente, el Dr. Pedro Fernández fue consagrar la nueva gestión a su Patrona, la Virgen de Itatí, y, lo segundo, asegurar al autor del prodigio la continuación de la obra. Y

éste fue completando así un amplio programa de libertad, para que el campo produzca y venda, para que las empresas compitan y crezcan, ofreciendo el mejor servicio al menor precio. Siguieron creciendo la industria y el comercio, la publicidad y el cine, el turismo, la exportación e importación.

La Argentina volvía a ser un país normal.

Padre de familia numerosa, el nuevo Presidente contó, en su discurso inaugural, que había formado a sus diez hijos en el amor al trabajo, el respeto a la ley y a los demás y en hacer un culto de decir siempre la verdad. Peregrino habitual, a caballo, al Santuario correntino de la Virgen, había preservado a su provincia de leyes contrarias al matrimonio y a los derechos de los niños por nacer. Siendo gobernador, era habitual que sus paisanos, el encontrarlo caminando desde su casa a la Casa del Gobierno provincial, lo detuvieran para ofrecerle un mate y agradecerle que los cuidara como si fuera el médico del pueblo.

Ahora eran todos los argentinos los que escuchaban con sorpresa y deleite un discurso tan lleno de franqueza y sentido común.

—¡Por fin gobiernos con gente como nosotros! —era el comentario unánime.

Pero, más allá de la simpatía que inspiraba por su sencillez, austeridad y adhesión a las mejores tradiciones *familieras* de los argentinos, el gran mérito de su breve gestión fue el traslado de la capital, hacia el centro geográfico del país. La decisión, trascendental, fue como una buena semilla sembrada en la tierra fértil del federalismo y llamada a dar frutos de consolidación de las instituciones de la República.

La Capital de la Confederación Argentina se instaló en la nueva Ciudad de Santa María, fundada a orillas del Rio Tunuyán, a mitad de camino entre las ciudades de San Luis y San Rafael. Desde ese digno sitio, protegido a sus espaldas por las altas cumbres de los Andes, se abría en abanico el inmenso y rico territorio nacional.

La consolidación de un efectivo sistema federal provocó los acercamientos interesados de Uruguay, Bolivia y Paraguay.

Fue también durante su gobierno que la Argentina ingresó en la ex-OTAN, que pasó a llamarse simplemente Organización del Atlántico. Como primera consecuencia, y gracias a la habilidad del canciller Mariano Soaje, el país obtuvo el reconocimiento de su soberanía sobre las Islas Malvinas, las que siguieron actuando como base de operaciones conjuntas.

A su prematura muerte, debida a un accidente de aviación, el Presidente Fernández fue sucedido -por aclamación popular y confirmación de ambas cámaras- por su Ministro de Economía. Para hacerlo posible el Vice-presidente y el presidente del Senado renunciaron, dejando el camino libre para que asumiera el que todos reconocían como el principal motor del milagro argentino.

Fue impresionante, en su sencillez, la ceremonia de asunción. Gracias a la transmisión vía satélite de *Gauchovisión*, todo el planeta pudo ver al nuevo Presidente saludando a la multitud.

Además de su familia y sus amigos, compartían ese momento el Cardenal primado de la Argentina y el Jefe de las

Fuerzas Armadas, dos presencias que eran también signo de una Argentina recuperada sobre los pilares de sus mejores tradiciones.

Todavía resuenan, como un eco de aliento para todos los pueblos que conocieron las penurias de aquella Argentina arruinada, las palabras con que el nuevo Presidente inauguró su mandato, desde Santa María, Capital de la Nación:

—"¡Argentinos! Nuestro país es hoy el asombro del mundo. ...Sigamos construyendo como hasta ahora, en silencio y con esfuerzo generoso, pensando sobre todo en el bien del país entero.

"La tarea prioritaria de mi gobierno será, para esta etapa que se inicia, la difusión de la propiedad, la humanización del trabajo y la instauración de una auténtica organización profesional de la economía nacional, con la participación de todos los sectores bajo el ordenamiento jurídico del Estado.

"Sigamos trabajando, y ahorrando, que se puede, y que Dios nos conceda familias numerosas. Sigamos haciendo una Argentina fecunda, fuerte y feliz.

"Lo lograremos, como hemos conseguido lo que ya estamos disfrutando.

“¡Y que Dios bendiga siempre a nuestra Patria!”.

*

Las mellizas, apenas pudieron, corrieron a abrazar a su papá, escondiendo en sus sonrisas felices los ojitos oscuros y sigados, que repetían los de su madre.

INDICE

I	EN EL AZUL DE BAVIERA.	3
II	UN RANCHO EN ENTRE RIOS.	9
III	DEL BOSQUE A LA AVENTURA.	13
IV	UN PAISANO EN ALEMANIA.	21
V	NUEVAS EMOCIONES.	25
VI	BUSCÁNDOSE.	29
VII	SENTIMIENTOS ENCONTRADOS.	39
VIII	EL AMANECER DE UNA GRAN EMPRESA.	47
IX	LA AUSTERIDAD AL PODER.	57
X	UN DESAFÍO INESPERADO.	63
XI	LOS FRUTOS.	69

